

Lágrimas, veteranos y tímidos

Juan Cruz

El trabajo de un secretario obliga al secreto; y un periodista que guarda secretos es un periodista raro. Hagamos, entonces, de periodista raro, de enviado especial al jurado de los Ortega. No hay muchos secretos que guardar, porque todo fue bastante transparente. En algún momento pensé que allí debería haber luz, taquígrafos y, en el lenguaje de hoy, una *webcam*. Hubieran visto que en algún momento de las discusiones, cuando estaba sobre la mesa el galardón más complicado, aquel que dilucidaba el premio de periodismo impreso al que optaba el trabajo que finalmente ganó, uno de los miembros del jurado sugería que si se retiraban los directivos de EL PAÍS presentes el galardón sería también para la cobertura del *caso Gürtel*. Pero no fue fácil llegar a esa conclusión, que fue unánime. A ese premio, que cada año es el más complicado de conceder, al menos en mi limitada experiencia como secretario de su jurado, llegó una docena de aspirantes muy interesante, y la primera discusión los puso todos sobre la mesa, y a

casi todos con parecidos méritos para ganar. La notoriedad del *caso Gürtel*, el empeño profesional de los periodistas que lo mantuvieron vivo, cuando pocos creían que su calado fuera tan grave, fue lo que inclinó al jurado a esta unanimidad. Al secretario le toca juntar al jurado, hacer el acta, dar la buena noticia a los premiados. En este caso, parecía lógico que Javier Moreno, director de EL PAÍS y por tanto miembro del comité que dictaminó los premios, le diera la noticia a José Manuel Romero. Romero es un hombre tímido, a pesar de que ha trabajado en la radio, y desde la radio llegó a EL PAÍS, donde ha ocupado ya varios puestos hasta su actual ocupación de subdirector de Nacional. Como tal ha capitaneado la información sobre Gürtel, oculto muchas veces tras los legajos complicadísimos de este galimatías de corrupciones. Cuando pocos en España (en la política y en el periodismo) daban un duro por el caso, que los implicados directos e indirectos descalificaban como una ocurrencia informativa, ahí estaban Romero y los suyos mostrando una capacidad de esfuerzo profesional que

merecía reconocimiento. Ahora que lo tenían, ¿cómo reaccionó Romero?, le pregunté al director de EL PAÍS. Y Moreno me dijo: "Dijo: 'Ah, gracias'. Un tímido. Un periodista. Me tocó darle la noticia a Judith Torrea, la ganadora del premio al periodismo digital. Al principio creyó que le llamaba para otra cosa, y me contó una larga historia. Hasta que la paré: "Que has ganado este premio". Ella no supo entonces que sus lágrimas de alegría me hicieron llorar por su felicidad. Cuando le di la noticia a Jean Daniel, el veterano periodista de las trincheras del periodismo europeo fue menos locuaz aunque igualmente expresivo: "Que me premie EL PAÍS, uno de los grandes periódicos de Europa, es una satisfacción que me reconcilia con el pasado del oficio, pero también con el porvenir". A Cendón, el fotógrafo, me costó encontrarlo; creía que estaba en Addis Abeba, donde vive. Cuando por fin le encontré estaba en un Ave, camino de Barcelona, y ya había hablado con los colegas de la cadena SER. Se ve que ese día este miembro sin voto del jurado era más secretario que periodista.